

INDICE

Chile Mujer y Sociedad

Compiladores: **Paz Covarrubias**
Rolando Franco

BIBLIOTECA NACIONAL
Sección Chilena



FONDO DE LAS NACIONES UNIDAS PARA LA INFANCIA

LA IMAGEN DE LA MUJER ARISTOCRÁTICA HACIA EL NOVECIENTOS

LUIS BARROS
XIMENA VERGARA

I

Se pretende abordar aquí el significado de la mujer en tanto miembro de una clase determinada y en una época dada, a saber: la oligarquía chilena a comienzos de este siglo. El interés se centra en la concepción que se tuvo entonces de la mujer. En otras palabras, preocupa ese conjunto de creencias, de valores, de sentimientos, que urden la imagen que se proyecta sobre la mujer, definiendo lo que se espera socialmente de ella. Cabe insistir que esta visión es la construida y proyectada por los miembros de la oligarquía sobre sus congéneres femeninos. De ningún modo se intenta entregar una visión más genérica de mujer.

Ahora bien, se ha rastreado esta imagen fundamentalmente en la novela de la época. El énfasis en este tipo de producción simbólica obedece a lo siguiente: dadas las condiciones sociales de entonces, la imagen de la mujer no aparece, o aparece muy desdibujada, en otro tipo de expresiones culturales. Esto no es de extrañar, pues en la época se concibe a la mujer confinada en lo doméstico y cotidiano. Y es en la novela, precisamente, donde se traen preferentemente a colación estos ámbitos de la realidad. Así, la novela presta a la mujer el rol protagónico que otras manifestaciones simbólicas le niegan.

Por último, conviene insistir que se hará referencia a un pasado cuya extrapolación al presente puede ser dudosa y, en todo caso, arriesgada. Bastante agua ha corrido bajo los puentes... ni siquiera se sabe si lo que hoy se considera vulgarmente una mujer de clase

alta, tuvo o no una abuela como la mujer que se describirá a continuación.

II

En la construcción de las imágenes sobre la mujer las relaciones sociales juegan un papel crucial. ¿Qué quiere decir esto? Hombres y mujeres están inmersos en una red de relaciones que, en última instancia, consolida clases sociales. Hombres y mujeres, por consiguiente, hacen la experiencia de pertenecer a una clase determinada. Es, básicamente, a partir de esa experiencia que se construye un mundo de significados compartido, cuya generalidad trasciende los sexos. Así, por ejemplo, y en el caso que preocupa, hombres y mujeres participan, en virtud de su calidad de miembros de la oligarquía, de un mismo universo simbólico que se sintetiza en el sentimiento de lo aristocrático. Es en este sentimiento, y en todo lo que subyace a él, donde hombres y mujeres de la oligarquía encuentran su identidad más profunda. Tanto es así que las definiciones de lo femenino y lo masculino no logran desvirtuar la comunión que surge a partir de lo aristocrático. Piénsese, por ejemplo, cuánto entrañan de común los términos de señor y señora, o de caballero y gran dama. Términos como éstos, sin negar las diferencias de sexo, revelan la primacía de la pertenencia a una clase, al extremo que no evocan tanto lo masculino o lo femenino, como los atributos genéricos de la clase.

Entonces, los ideales asociados a un grupo se proyectan a sus miembros sin consideraciones de sexo: hombres y mujeres de la oligarquía se encuentran en lo señorial; lo masculino y lo femenino pasan a ser la variación de un mismo tema.

Esta perspectiva impone, sin duda, un orden determinado de análisis. Para responder a cuál es la imagen de la mujer aristocrática, es preciso interrogarse previamente acerca del significado de lo aristocrático. La comprensión de esto último remite a la cosmovisión propia de una clase, en la cual la percepción de lo femenino es sólo una especificación.

Lo aristocrático, dicho en términos muy simples, corresponde al sentimiento que surge de una convicción de superioridad sobre los demás. Esta convicción puede esgrimir distintos fundamentos, acusar diversos signos, pero establece siempre una jerarquía tajante entre quienes se reconocen en esta creencia y el resto de la sociedad. Lo aristocrático equivale, pues, al sentimiento de excelencia, a la idea de estar situado en la cumbre, y a la certidumbre de la inferioridad de los otros. Esta idea deriva de una visión de lo social que postula

diferencias insalvables en la naturaleza misma de los hombres. Esta suerte de esencialismo constituye lo intrínsecamente aristocrático. El supuesto de una jerarquía natural y, por ende, hereditaria, confiere a la superioridad aristocrática la connotación de destino: no es algo a conquistar, algo por lo cual quepa afanarse y bregar; es, por el contrario, algo determinado originalmente y que marca de una vez para siempre a los hombres. De más está decir que concepciones que postulan lo social en términos de pacto o de dominación, impiden que la superioridad de que gozan algunos se revista de la connotación aristocrática.

Una noción casi genética de la superioridad de unos sobre otros, encuentra obviamente asidero sólo en condiciones sociales muy peculiares. *Grosso modo*, la discriminación social debe manifestarse de modo tal que, sin violentar esa realidad en demasía, pueda interpretársela como mero reflejo de una jerarquía natural. Esto es justamente lo que se da en Chile hacia el novecientos. La sociedad está escindida en una oligarquía que concentra en sus manos todas las fuentes del poder y de la riqueza, así como los signos del prestigio, y en una masa popular desposeída e ignorante. Más aún, la organización social de la época, cuya base primordial sigue siendo la institución de la hacienda, hace de la oligarquía una clase relativamente ociosa. Las diferencias que zanzan, pues, entre la oligarquía y el pueblo son tales, que no resulta antojadizo que la primera perciba a este último como sustancialmente diferente e inferior. Mientras ella está liberada del trabajo y monopoliza el gasto, el refinamiento, las maneras exquisitas, el consumo de los productos modernos, la apertura a lo extranjero, en suma, todas las posibilidades que le abren sus privilegios, la masa popular está condenada al trabajo y aparece con las maneras groseras, la tosquedad, el desaliño, la fealdad, vale decir, todo aquello que acompaña su miseria e ignorancia.

Ahora bien, ¿qué contenidos más específicos tiene lo aristocrático para la oligarquía chilena? ¿De qué creencias y valores se nutre? Por último, ¿a qué comportamiento o estilos de vida conduce todo esto?

El fundamento de lo aristocrático radica en una serie de creencias y valores religiosos que cristalizan en una suerte de visión mítica del mundo. No está de más aclarar que, si bien esta visión apela a muchas de las creencias de la fe católica, no corresponde necesariamente a ninguna teología o doctrina explícita. Más aún, esta visión puede juzgarse incluso como aberrante o falsa desde el punto de vista de los dogmas oficiales. En todo caso, lo más esencial de ella es la escisión de la humanidad en dos partes bien diferenciadas, según su naturaleza y destino. De un lado, existe una humanidad plena, dotada

de una conciencia trascendente y ungida de la dignidad de estar hecha a semejanza de Dios; del otro, yace una humanidad en ciernes, atada fuertemente al instinto y que requiere ser redimida. He aquí la natural superioridad de unos y la inferioridad intrínseca de otros. He aquí también la fuente de lo aristocrático.

Para evitar una descripción demasiado abstracta acerca del destino que estas creencias marcan para los hombres, sea permitido recurrir a un pasaje literario de la época, revelador de las ideas religiosas que animan lo aristocrático.

Se trata de la celebración en el campo del 8 de diciembre, día de la Inmaculada Concepción. Al repique de las campanas, los feligreses van llenando la pequeña iglesia campesina. La aldea está enclavada en las tierras de la más grande hacienda de la zona. Los parroquianos son, pues, los inquilinos, trabajadores y empleados del hacendado Don Francisco de Maceda. Don Francisco ha hecho construir la iglesia y asiste con sus limosnas al cura, cosa que éste pueda remediar en algo la miseria de tantas manos extendidas. Son las nueve de la mañana y centenares de hombres de trabajo se alínean ya al fondo de las naves. Han dejado en el rancho sus miserias, revisitiéndose de júbilo para venir en pos del caudal de la misericordia. El Cristo, majestuoso en su dolor, recibe sus súplicas, trastrocando en promesa de eternidad aquel desgajarse de gemidos por las crueldades de la vida. La sangre de Cristo les devuelve el deseo de vivir; no temen los días amargos de trabajo ni los sacrificios, armados ya del lema consolador: mañana será el descanso. Ellos han mirado siempre las llagas de Cristo crucificado. Es más, su propia miseria los identifica con Cristo en la cruz y, por virtud de aquel martirio, arráncanse de la brutalidad de sus instintos, haciéndose buenos y sufridos... Son ahora más de las nueve de la mañana y no asoma aún Don Francisco y su familia. ¿Se habrán olvidado de la gente que aguarda la misa de función? Un grito de alegría va a animar el cansancio de la espera. ¡Ya viene el *break* del patrón, ya viene! ¡Todo sonríe en la milagrosa mañana! Envuelto en la polvareda llega el *break*. Descienden Don Francisco y su familia. Los trabajadores les abren camino hasta la fila de reclinatorios dispuestos justo frente al altar. Comienza entonces la ceremonia. Cánticos, sermón, oraciones... Ha terminado la misa. Los trabajadores acuden ahora al patio de la iglesia donde se les sirve un suculento desayuno, regalo también de Don Francisco. Al momento de despedirse, éste entrega un papel al párroco. ¡Diez mil pesos para los pobres! ¡Bendito sea Don Francisco! La noticia cunde entre las gentes y todos corean el nombre del patrón. Don Francisco se ha portado como un gran cristiano que devuelve

a su Señor el préstamo de las dádivas recibidas. La fiesta ha terminado¹.

Esta escena no deja dudas acerca del lugar y la misión de cada cual aquí en la tierra. El pueblo se vacía en la imagen de Cristo crucificado. Su destino es la redención. Para ello deben imitar la pasión de Cristo y asumir una vida de trabajo y de penurias. Así como el dolor divino les abre las puertas del cielo, su propio dolor humano los limpia de su naturaleza bestial y primitiva. De ellos y para ellos es el valle de lágrimas. Sufridos, se harán buenos, crucificados al trabajo y a la pobreza serán salvados al momento de la muerte. La sangre de Cristo les ha abierto virtualmente las puertas de la eternidad, pero su redención se juega aquí en la tierra. Cristo ha querido, sin embargo, darles no sólo la esperanza de salvación, sino también el ejemplo de cómo hacer para convertir esta esperanza en realidad. Templando su naturaleza en los esfuerzos del trabajo y en las aflicciones de la pobreza, lograrán sublimar la depravación de sus instintos. He aquí su camino de redención.

¡Qué distinto es el caso de la oligarquía! Para un Don Francisco y sus congéneres no hay tal identificación con el Cristo en agonía. Su naturaleza ha sido ya redimida. La gracia divina ha convertido su vil materia en naturaleza espiritual. El don de una conciencia trascendente ha cortado en ellos las ataduras del instinto. La divinidad ha querido reconocerlos en vida como hijos suyos. De allí que no les corresponda identificarse con el dolor de Cristo, sino más bien con la gloria de Dios Padre. La dádiva del espíritu los ha convertido en dignatarios de la verdad divina. Su conciencia accede a los designios del Todopoderoso y su misión aquí en la tierra es cumplir, con la fidelidad del hijo, la voluntad del padre. Su deber es ser mandatarios del orden sobrenatural aquí en la tierra. Para ello deben actuar el rol providencial en este mundo. A imagen de Dios Padre, deben comportarse paternalmente frente al pueblo. Tienen la obligación de disciplinarlo con su autoridad, de templar su naturaleza, haciéndoles comprender el milagro moral que surge de la resignación, de castigarlos por cualquier rebeldía, de inculcarles costumbres acordes con la ley divina. Deben, por último, actuar misericordiosamente y asistir con su caridad a la humanidad sufriente. Estos derechos y deberes corresponden a su condición de dignatarios de Dios. Así, la ética que prescribe para ellos la creencia religiosa es, justamente, una ética de la dignidad. Es en esta idea de dignidad donde la oligarquía

¹ María Luisa Fernández de García-Huidobro, *La María del Carmen*. Imprenta Claret, Santiago, 1930.

fundamenta su sentimiento de superioridad. Los términos de señor y señora con que se designa a los miembros de la oligarquía no en vano corresponden etimológicamente al significado de portadores de las señas del Espíritu².

Lo dicho hasta aquí inspira desde antaño los sentimientos de superioridad de la oligarquía y se vincula históricamente a la creación y persistencia de la hacienda. Ello tradúcese, a su vez, en ciertas pautas que configuran un modo de ser y un estilo de vida peculiares. Se esbozan a continuación algunos de los rasgos esenciales de ese modo de ser.

Que lo aristocrático se identifique con la calidad de dignatario de un orden sobrenatural implica que el aristócrata debe responsabilizarse de ciertas tareas. Depositario de las creencias y valores que traducen supuestamente la voluntad del Creador, el señor tiene la misión de transmitir esta tradición a su descendencia. Debe iniciar a sus hijos en los secretos de la Revelación, imbuyéndolos de la dignidad de su estirpe. No debe sólo enseñarles lo que significa haber nacido señor, sino que está también obligado a vigilar constantemente la fidelidad de sus hijos a los preceptos que supone la superioridad. Debe tratar, además, de arrojar cierta luz sobre la inconciencia del pueblo, mostrándole sus posibilidades de redención y encauzándolo, a través del trabajo y la resignación, a la superación de sus bajos instintos. Su responsabilidad es intentar moralizar las costumbres del pueblo, inculcándoles el temor de Dios y frenando sus vicios y pasiones. Vemos, pues, que la investidura del señor entraña una tarea. Esta no es otra que la de ejercer la tutela moral de la familia y el pueblo.

Cabe destacar que dicha tutela ha de ejercerse en un ámbito claramente definido y que se circunscribe a la familia, los trabajadores y la servidumbre del señor. Dadas las condiciones sociales de la época, el señor encuentra al pueblo encarnado en los inquilinos de su hacienda y en el servicio doméstico de su casa. Es sobre esta fracción de pueblo que él ejerce lo que podría llamarse su jurisdicción moral. Tanto es así, que por familia entiéndese, en la época, lo que la religión denomina entonces con ese nombre: no sólo los hijos, sino también los sirvientes y trabajadores ligados directamente al señor³.

² Conviene recalcar que esta concepción, si bien anida en la conciencia oligárquica chilena, está lejos de ser una construcción original. Se trata, muy por el contrario, de un producto simbólico acuñado en Europa y ligado a los tiempos del feudalismo y de las monarquías tenidas como de derecho divino.

³ Crescente Errázuriz, *Algo de lo que he visto*, Editorial Nascimento, Santiago, 1934.

Junto a la misión tutelar, el señor debe asumir el rol providencial. Es decir, está obligado a proteger a los suyos de las vicisitudes materiales de la vida. Le corresponde preocuparse de las necesidades de subsistencia de sus tutelados, asistiéndolos caritativamente y velando no sólo por su salud moral, sino también física. En términos ideales, nada de lo que acontezca a su propia familia o a sus trabajadores puede resultarle ajeno.

Ambas tareas implican que lo aristocrático se realice fundamentalmente a través de la condición patriarcal. Esta, como se acaba de ver, comprende los lazos de padre y patrón. Sólo que en este último caso, y dada la natural inferioridad del pueblo, la tutela del señor supone someter al otro al trabajo. Cabe subrayar que el vínculo patriarcal exige una relación personal y directa con el otro. Actuar como padre y patrón es algo intransferible y que no corresponde delegar. Se trata, además, de una atadura que compromete casi todas las esferas de la vida. Para ejercer su tutela y su providencia, el señor debe inmiscuirse en el cotidiano del otro, ejerciendo un gobierno casi absoluto sobre los suyos. Por último, su gobierno de los demás tiene la intransigencia propia del adulto consciente y responsable que debe velar por sus criaturas.

Que lo aristocrático imponga al señor tareas que deben realizarse dentro del ámbito familiar explica que el estilo de vida patriarcal exalte lo doméstico y lo cotidiano. Es justamente al interior del hogar y de la hacienda donde el señor logra plasmarse como superior. La experiencia que nutre su sentimiento de excelencia no es otra que la del vínculo de padre y patrón que establece con los suyos. No es de extrañar, pues, que el modo de ser patriarcal valore por sobre todo lo doméstico. Cualquier tipo de relación que pueda establecer el señor al margen de lo doméstico carece de la posibilidad de expresar la tutela moral que exige lo aristocrático. De allí que el estudio, el arte, los viajes, incluso lo económico y, en cierta medida, lo político, resulten esferas relativamente secundarias desde el punto de vista de la realización aristocrática. Esta se juega en el recogimiento de ese pequeño mundo donde se anudan las relaciones familiares y de patronazgo.

La valorización de lo doméstico marca ciertas pautas de sociabilidad. En primer lugar, y en lo que se refiere a las relaciones con inferiores, el trato no es meramente utilitario. No se percibe ni se actúa frente al inferior como si fuese simplemente un recurso al cual echar mano. La relación con él, por el contrario, está teñida del personalismo que supone lo patriarcal. Así, el inferior no es sólo un instrumento del cual puede valerse el señor, sino también una criatura

desvalida y menesterosa frente a cuya miseria no cabe la indiferencia. En segundo lugar, y esta vez en lo que atañe a los lazos entre iguales, la sociabilidad acusa ciertos rasgos bastante sugerentes. Ella privilegia también lo doméstico, circunscribiendo las relaciones principalmente a la parentela, los amigos íntimos y el vecindario. Este círculo se amplía y cobra un tono más mundano sólo ocasionalmente. Pero lo que conviene subrayar no es tanto que esta sociabilidad se confine a lo doméstico, como el que la anime una intención que refleja, nuevamente, los principios de tutela y caridad. Se trata más que nada de manifestar solicitud hacia los demás. Si se reúnen unos con otros es por el deseo de participar solidariamente de las alegrías y penurias del círculo familiar. Festéjense días de santo, bautizos, matrimonios, tomas de hábitos; acompañanse velorios y entierros; vístase a los enfermos; se despide y recibe a los viajeros. Lo que está ausente, en general, es la reunión orientada por el mero afán de entretención o lucimiento. Por último, no puede dejar de mencionarse la sencillez propia de esta sociabilidad. Cuando lo decisivo se juega en el seno de la familia, sobran, si pudiera decirse así, el lujo, las apariencias, los manierismos. Esta sencillez se aviene no sólo con el culto rendido a lo doméstico, sino también con la modestia económica que caracteriza a la oligarquía tradicional. La hacienda arroja, en general, rentas de poca monta. La riqueza, por consiguiente, ha sido algo más bien excepcional para la aristocracia terrateniente.

Así como el estilo de vida patriarcal enfatiza lo doméstico, exalta también el apego a la tradición. Después de todo la visión religiosa que lo anima concibe un mundo tan predeterminado, que no debe extrañar la adhesión a lo ya establecido. La bondad de las ideas, usos y costumbres se hace descansar en el carácter inveterado de las mismas y nada resulta más deseable que el sosiego que da lo rutinario. Tiéndese a rechazar lo novedoso, lo aventurado, lo extranjero y la curiosidad tiénese como una actitud malsana. Se está en un mundo hecho ya de una vez para siempre y cuya plenitud se manifiesta precisamente en que las cosas suceden con las formas y el ritmo acostumbrado.

Sea permitido recurrir nuevamente a la literatura de la época para ilustrar lo dicho hasta aquí. Trátase del pasaje de una novela en que un forastero, ajeno al mundo aristocrático, comparte la mesa de una familia tradicional. Lleno de prevenciones al comienzo, el personaje va cediendo al ambiente hasta convencerse que ha conocido por fin el verdadero espíritu de lo aristocrático. He aquí sus impresiones: "...le pareció que se hallaba en un convento, de tal manera le sobrecogía la sencillez monacal de las costumbres, la falta absoluta

de afectación, la ausencia de vanidad y de exhibicionismo... No bajarían de veinte los que se sentaban a la mesa, entre ellos el cura del pueblo y el jefe de estación, ambas personas modestas, a quienes se trataba con vieja cortesía castellana, ofreciéndoles los primeros platos y los mejores trozos. Y se notaba en todo, en el tono de las conversaciones, en la actitud de los invitados, en el aspecto general de la mesa, en la familiaridad patriarcal que allí reinaba... en la manera de circular de los sirvientes antiguos, en el servicio silencioso y puntual, que allí habitaba raza de antiguos y rancieros hidalgos... el respeto de las viejas tradiciones que se imponían, el sentido respetuoso de las distancias... Se hablaba poco, se comentaba con tranquilidad los acontecimientos que referían los diarios, sin exageraciones, sin elevar la voz. Y en aquella familia religiosa se hablaba de la fortuna con ligereza de buen gusto, como haciendo notar que para ellos no era lo más importante... Don Evaristo (el dueño de casa) ayudaba a los suyos (sus inquilinos), les prestaba dinero, les daba medicinas en sus enfermedades, y Elisa (la sobrina del hacendado) en persona les atendía, visitaba a las mujeres, les hacía ropas a los niños, llevaba limosnas y consuelos"⁴.

Ahora bien, lo expuesto hasta aquí corresponde a la mentalidad que ha orientado tradicionalmente a la oligarquía. En otras palabras, el modo de ser patriarcal ha surgido históricamente junto con la hacienda, remontándose luego a un pasado que se pierde en los tiempos coloniales. Desde entonces, y hasta mediados del siglo pasado, influye sin contrapeso en la conciencia oligárquica. Hacia 1850 comienzan, sin embargo, a ocurrir una serie de cambios que, sin lograr desterrar la mentalidad tradicional ni acabar con la preeminencia social de la hacienda, introducirán nuevas creencias, valores e instituciones. No es del caso entrar aquí en mayores explicaciones ni detalles. Basta señalar que, de todo lo ocurrido entonces, el resultado más decisivo es la irrupción del dinero por cauces ajenos a la hacienda y en cantidades sin parangón con la modestia económica que ha caracterizado al pasado.

No es del caso plantearse aquí la dinámica de los cambios y ajustes sociales acaecidos a partir de la segunda mitad del siglo pasado. Se dirá sólo que el dinero fluye, primeramente, de la expansión del sector minero exportador nacional y luego de la constitución del enclave salitrero; que da pie a un proceso de relativa secularización de las ideas e instituciones; que mantiene, no obstante, prácticamente incólume la base agraria del poder de la oligarquía, sin suplantarse la relación patrón-inquilino como pilar de la dominación; que

⁴ Luis Orrego Luco, *En familia*. Empresa Zig-Zag, Santiago, 1912.

abre la posibilidad de vivir una opulencia hasta entonces desconocida para amplios sectores de la oligarquía. Es necesario detenerse precisamente sobre este último hecho. ¿Qué significa esta opulencia desde el punto de vista de lo aristocrático?

La oligarquía, merced a su nueva riqueza, accede ahora al consumo conspicuo. Es más, por razones que sería largo exponer, destina al consumo gran parte de su riqueza, absteniéndose, en general, de darle un empleo productivo. Se le han abierto las puertas del fasto, de la elegancia, del derroche en toda suerte de caprichos y extravagancias. Tanto es así que la oligarquía puede entregarse ahora a una actividad que antes le habría estado vedada. Se trata de lo que el decir de la época identifica como el "buen tono". Este apunta a una vasta gama de patrones de conducta cuyo denominador común es el de estar regidos por la moda, vale decir, por esa convención que define todo aquello que es tenido por elegante y refinado. De manera asaz voluble, la moda erige usos y ademanos, lugares y cosas, formas de reunión y aficiones, en símbolos de suprema distinción. Vasta es la imaginería de la moda; ella puede, sin embargo, resumirse en una actividad: el consumo conspicuo que busca exhibirse en un permanente y aparatoso ceremonial mundano. Noches de gala en el Teatro Municipal, *kermesses* de beneficio, veraneos en Viña del Mar, concursos en el Club Hípico, bailes de etiqueta y de fantasía... He aquí lo que hacia el 900 se da en llamar "el Gran Mundo".

Para los sectores más afortunados de la oligarquía, envueltos ya en la vorágine del consumo, el buen tono pasa a identificarse con lo aristocrático. Junto al viejo sentimiento de superioridad moral, fincado en las creencias y valores religiosos tradicionales, surge ahora el sentido de excelencia asociado al dinero y a sus posibilidades de vida mundana. Junto a la imagen del señor y la señora como encarnaciones de lo aristocrático, yérguese ahora la figura del hombre y la mujer de buen tono. Para precisar más los contenidos de este nuevo ideal aristocrático, puede recurrirse una vez más a la literatura de la época.

Un hombre de mundo entrega, en sus memorias, una visión de lo que él vivió como el colmo de lo aristocrático: "...inmarcesibles noches del Teatro Municipal, la sala espléndida, a la altura de cualquier teatro europeo... la etiqueta con que allí se presentaba el selecto público y el lujo en joyas y vestidos en nuestras damas, imposible de restituir hoy y que se recuerdan como un cuento de hadas, como el *summum* de los agrados de aquellos tiempos. El faltar a la ópera era como faltar a misa..."⁵.

⁵ Eduardo Balmaceda Valdés, *Un mundo que se fue*. Editorial Andrés Bello, Santiago, 1969.

Lo que interesa subrayar es que el dinero ha introducido una nueva vertiente para la definición de lo aristocrático. Esta no solo se aparta de las ideas y el estilo de vida patriarcales, sino que incluso los contradice. El aristócrata se adjetiva ahora con términos como elegante, refinado, de buen porte, elocuente en el hablar, galante. Su nuevo lema es *savoir-vivre*, *savoir-faire*. Su preocupación por conquistar dinero y derrocharlo en el Gran Mundo lo saca de lo doméstico para volcarlo febrilmente en el mundo de las finanzas, de la bolsa, de la especulación, del club, del teatro, del viaje a Europa. Su sociabilidad desborda los límites de la familia, de la parentela, de los amigos, y persigue sobre todo la diversión y el lucimiento. Su prestigio se juega en lo que se designa entonces como la "circulación social" y que no es otra cosa que concurrir con la mayor frecuencia a los lugares de moda y ser participante asiduo del rito mundano. Su sometimiento a los dictámenes de la moda lo lleva a importar sus hábitos y usos desde Europa, revistiéndose, al menos de apariencias, de un marcado cosmopolitismo. Por último, las costumbres de antaño —tan ligadas a lo campesino y, por ende, compartidas en buena parte por los señores y el pueblo— percíbense ahora como vulgares y groseras.

Pero lo anterior revela algo mucho más sustantivo: que el sentimiento de superioridad se nutra del buen tono significa que la realización de lo aristocrático puede ahora prescindir del vínculo con el pueblo. Desde el punto de vista del dinero y del Gran Mundo, lo aristocrático se encarna en el consumo a la moda. Esta actividad no requiere obviamente de la presencia del pueblo. Es más, el ceremonial mundano donde cada cual exhibe su consumo, logrando así identidad de aristócrata, es algo que puede darse exclusivamente entre iguales, vale decir, entre los poseedores del dinero. Quienes son vistos como inferiores resultan absolutamente insignificantes en este contexto. Su presencia es innecesaria, pudiendo cobrar, en el mejor de los casos, el significado de un elemento más de la utilería mundana: mozo de librea, chófer, *maitre*, *coiffeur*, etc. Si pudiera decirse así, el dinero ha colocado a la oligarquía, mejor dicho, a un buen número de sus miembros, en una suerte de Olimpo: para sentirse superior le basta ahora el mero espectáculo de sí misma.

¡Qué distinto es esto al modo patriarcal de manifestar la idea de superioridad! Hemos visto ya que la tradición amarra lo aristocrático a la idea de dignidad y a los deberes de tutela y de providencia que ella supone. Son superiores quienes han sido llamados a realizar y transmitir el orden sobrenatural. La superioridad no es otra cosa que la estatura moral que confiere esta misión. La concepción de aristocracia entraña, necesariamente, la idea de servicio a los valores que

configurarían la voluntad del Hacedor. Quienes están asignados a cumplir esta tarea mal pueden encerrarse en un Olimpo; por el contrario, su misma misión los vincula definitivamente con el pueblo. Unicamente ejerciendo las calidades de padre y señor, de patriarca y patrón, podrán garantizar la obediencia a esa disposición concertada de las cosas. Es en este punto donde el dinero y el buen tono niegan la tradición. Ambos reducen la idea de aristocracia a la de autosuficiencia, a la de una perfección acabada en sí misma, al extremo que para realizarse le basta con exhibirse. En suma, mientras para la tradición lo aristocrático se juega en el vínculo entre superiores e inferiores, para el buen tono lo aristocrático se encarna al margen de esta relación.

Visto lo anterior, no es de extrañar que el Gran Mundo sea un ámbito absolutamente excluyente y aislado por completo del resto de la sociedad. Prueba de ello es que sus cultores hacen abandono de la hacienda y de sus tareas de patronazgo. Para el hombre de mundo la hacienda no es más que una fuente de rentas, la posibilidad de crédito fácil, el trampolín para una cierta posición política, el lugar de veraneo.

Hacia el 900 existen, entonces, dos versiones de lo aristocrático. No corresponde entrar aquí a analizar por qué el mundo del dinero y del buen tono no ha logrado desterrar el modo de ser tradicional. Permítase comprobar simplemente que ambos coexisten y que ambos encuentran seguidores fieles dentro de la oligarquía.

III

Acaba de verse qué significa lo aristocrático. A partir de esta definición, puede plantearse ahora cuál es la imagen de la mujer aristocrática. La literatura de la época revela dos tipos de mujer que corresponden a la definición tradicional de lo aristocrático y a la visión del buen tono, respectivamente. Este hecho resulta significativo y avala la postura de considerar la imagen de lo femenino como una especificación de una concepción más genérica, que apunta a la experiencia de una determinada clase social. Se esbozan a continuación ambos tipos de mujer, describiendo primero a la señora a la antigua, o matrona, y luego a la mujer de buen tono, o gran dama.

Falta de ostentación, modesta, digna, doméstica y hacendosa, de encendida piedad cristiana, devota de los suyos... He aquí cómo la literatura adjetiva a la mujer aristocrática tradicional. "En ella cada gesto, cada actitud, cada palabra eran la expresión de una extremada

reserva, de modo de ser sencillo, de pensamiento casto, de vida pura..."⁶. Su dulzura infinita, su preocupación de los demás, su generosidad sin límites, el amor a los suyos y su gran caridad eran siempre los mismos..."⁷. Es en estos términos que suele retratarse a la aristócrata de viejo cuño. Se la presenta siempre en el ámbito hogareño, dedicada a la educación y cuidado de sus hijos y a la administración de la economía y de los quehaceres domésticos. Allí ejerce la tutela moral de su prole y de su servidumbre. Para ello cuenta con los títulos de su ardiente fe religiosa y de su firme apego a los usos y costumbres heredados de sus padres. Parca en lecturas, suele hojear una que otra publicación católica y, en general, hace suyo el lema: "suerte te dé Dios, que el saber de nada vale". Deja influir su criterio por la tradición y la Iglesia, desconfiando de lo libresco. Recela en los suyos el gusto por la soledad y el silencio, prefiriendo la algazara permanente de los juegos de sus hijos y el comidillo de sus empleados. Organiza las prácticas religiosas de la familia, imponiendo rosarios y novenas. Orgullosa de su estirpe, enseña a sus hijos los sonoros apellidos que acompañan a varias generaciones de la familia, introduciéndolos en la crónica de su linaje y en el respeto al antepasado. Su sociabilidad se centra en la solidaridad con los suyos. Está siempre preocupada de acompañar a familiares, parientes y amigos en sus momentos de dolor o de gran alegría. Asiste a matrimonios, bautizos, velorios, visita enfermos, da pésames, felicita días de santos. Lo mundano se limita, en general, a ciertos hitos en su vida: su estreno en sociedad, el estreno de sus hijas y el matrimonio de las niñas. Para tales ocasiones abandona su acostumbrada sencillez y viste elegantemente, desenterrando joyas que, en general, permanecen meses e incluso años, guardadas en algún cofre. Su tocador es modesto, y piezas fundamentales de su guardarropa son el manto y el delantal. Tanto en la ciudad como en el campo se preocupa de los pobres: los asiste en sus enfermedades, vela por la constitución cristiana de sus hogares, cose y teje ropitas para los niños, catequiza.

Este conjunto de impresiones es sólo un preámbulo de la pregunta clave: ¿qué tipo de relación predica el estilo de vida patriarcal entre la mujer y el hombre? Intentar una respuesta permitirá calar más hondo en la imagen tradicional de la mujer aristocrática.

La mujer tradicional debe acceder necesariamente al matrimonio para realizar el ideal aristocrático. Estableciendo su propio hogar, con-

⁶ Luis Orrego Luco, *En familia*, *op. cit.*

⁷ Diario *El Mercurio*, edición del 5-III-1931. Homenaje rendido a la muerte de doña Victoria Subercaseaux de Vicuña Mackenna (1848-1931).

sigue la calidad de madre, única condición que la hace digna desde el punto de vista de la tradición patriarcal. Como madre y patrona, comparte con su marido la tutela moral de los suyos y encuentra campo para cultivar los ideales de abnegación y caridad. El matrimonio es, pues, parte de su misión trascendental, el primer paso que la encamina hacia su destino superior. Casarse es mucho más que la expresión de un deseo personal o de una conveniencia social; es sobre todo un deber moral que equivale a asumir la responsabilidad que le cabe a cada cual según el plan divino. Si la mujer percibe el matrimonio como un vínculo sagrado, es porque en la unión con el hombre percibe su unión con Dios. Desde lo más profundo de su ser social, vislumbra su maternidad como la posibilidad de mantener vivos la fe religiosa y los usos y costumbres que la encarnan supuestamente. He aquí su vocación de señora, es decir, de señalada por el espíritu.

Lo anterior explica la imagen de oprobio que veladamente se proyecta sobre la mujer que permanece soltera. El retrato de la solterona corresponde a una figura más bien amorfa, desdibujada, sin relieve. Se la presenta como un ser mustio, que vive del reflejo de plenitud que le prestan el hogar de sus padres o el de sus hermanos. Falta de un terreno propio donde cultivar sus posibilidades de madre y señora, resulta semilla vana y, en consecuencia, insignificante. Incapaz de valer por sí misma, vive a la sombra del buen nombre y de la dignidad de sus parientes.

Ahora bien, la concepción religiosa que anima el modo de ser patriarcal plantea la relación entre la mujer y su marido en términos de una relativa complementariedad. Ambos deben asumir la tutela moral de los suyos y ejercer el rol providencial. Para ello, ambos comparten la dádiva de una conciencia trascendente y son igualmente depositarios de la tradición que les permite dar por conocido lo bueno y lo malo. Es decir, marido y mujer son moralmente iguales. Los atributos tenidos como femeninos o masculinos, si bien distinguen entre los deberes del hombre y los de la mujer, se definen a partir de esta igualdad moral. Lo más esencial es la unidad de conciencia y de destino entre ambos sexos. Tanto es así que la definición de lo masculino y lo femenino no hace más que introducir una suerte de división de tareas para abordar en común la tutela del mundo. Que la razón y la fuerza se consideren virtudes del hombre, explica que sus deberes sean, fundamentalmente, los de autoridad, protección y provisión económica. El señor tiene como obligación primordial someter la voluntad de sus tutelados a las condiciones establecidas que reflejan supuestamente el orden sobrenatural. Debe asegurar la obediencia de los demás y castigar toda rebeldía. Es igualmente respon-

sable de la seguridad física y de la subsistencia material de los suyos. Que la piedad, la pureza y la afectividad estimense atributos de la mujer, da cuenta de que sus obligaciones sean, sobre todo la educación y la caridad. Piénsase que la mujer posee un especial celo religioso, así como una particular limpieza de corazón y de mente. De allí que aparezca como la transmisora por excelencia de las verdades y preceptos de la fe. La señora ha de sembrar el sentimiento religioso en sus hijos, encaminándolos hacia el fiel cumplimiento de las normas morales. Debe, igualmente, inculcar el temor de Dios a sus sirvientes e inquilinos y velar porque entre ellos imperen las buenas costumbres. Por último, su dulzura, así como su índole abnegada y cariñosa, la dotan mejor que al hombre para realizar la caridad y asistir moralmente a quien lo necesite.

Con respecto a la complementaridad de la relación tradicional entre los esposos, podría argüirse lo siguiente. ¿Cómo puede afirmarse tal complementaridad en circunstancias que la autoridad aparece como patrimonio exclusivo del hombre? Es cierto que el hombre detenta el poder en su familia. Pero su autoridad tiene el límite que le impone la dignidad de la mujer. Para justificarse moralmente, el gobierno del patriarca debe reconocer las virtudes propias de la condición femenina y permitir que ellas se expresen. Es más, debe ver en los atributos de la mujer la ayuda necesaria e insustituible para su propia misión tutelar. De allí que sea obligación moral del hombre dejarse influir por la mujer y que ésta tenga, a su vez, el deber de ejercer su fuerza moral sobre el marido. Si pudiera decirse así, la autoridad patriarcal no puede ser totalitaria frente a la mujer. Esta última tiene el derecho de desplegar sus propios méritos en la tutela de los suyos. Ello la faculta para actuar como una instancia consultiva frente al poder del marido. Y este papel no es tanto una concesión del esposo como una prerrogativa que emana de la dignidad misma de la mujer. Tanto es así, que la mujer no está excluida ni siquiera de lo que es más privativo del hombre, a saber: la potestad de exigir obediencia y de sancionar toda rebeldía. La mujer influye también en esta tarea, informando sobre quienes deben ser llamados al orden e intercediendo para que la caridad acompañe la justicia del patriarca. En suma, si bien la mujer está subordinada al poder del marido, la autoridad patriarcal dista mucho de significar la dominación de la mujer. Conviene acotar en este sentido que, así como la imagen del patriarca tiene por modelo la idea de Dios Padre, la figura tradicional de la mujer evoca a aquella de la Virgen María. No es de extrañar, pues, la dignidad conferida a la mujer.

Lo anterior encuentra múltiples testimonios en la literatura, las memorias, la correspondencia de la época. De hecho llama la atención

el tono coloquial que acusa, en general, la relación de los esposos dentro del hogar patriarcal. Se pinta a los esposos como confidentes que cuéntanse sus desvelos y se aconsejan y apoyan mutuamente. La tónica entre ellos es la solicitud y el respeto. "El domingo sin falta me tendrás allá. Por los diarios verás cuánto trabajo y cómo arreglo este *maremagnum*. Entonces te contaré mi larga excursión de hoy...", así escribe Vicuña Mackenna a su mujer. Y termina su carta con la recomendación siguiente: "Haz estudiar a mi Blanca (su hija) y que me tenga diez páginas aprendidas"⁸.

Conviene recalcar, por último, que la mujer tradicional realiza lo aristocrático con relativa independencia del hombre. Es cierto que está obligada al matrimonio y que para ello depende absolutamente del hombre. Pero una vez casada, se tiene fundamentalmente a sí misma para hacer la experiencia de su propia dignidad. Su sentimiento de superioridad se nutre, por una parte, de su condición de madre y, por otra, de las creencias religiosas y de la tradición, que exaltan en ella una serie de virtudes. Es decir, su imagen de excelencia requiere de algo que le es natural: la maternidad, y de algo que es acervo heredado de sus padres: la fe y el apego a la tradición. Ambas proveen a la mujer no sólo de un ideal aristocrático, sino también de los medios para encarnarlo. Y en esto el marido no juega ya un papel decisivo. Tanto es así que la mujer casada puede sentirse cabalmente señora más allá de la voluntad del marido. Después de todo la dignidad de la matrona puede sintetizarse en estas pocas frases: su fe ardiente, su maternidad tierna y responsable, su caridad sin ostentación, su corazón abnegado, su recato y severidad, su orgullo de estirpe... Todo ello escapa a los designios, incluso de un mal marido.

Muy distinta resulta la imagen de la mujer de buen tono. Este tipo aristocrático corresponde a la mujer del Gran Mundo y su figura campea en la literatura del 900. Su retrato resúmese en una serie de adjetivos: elegante, refinada, hermosa, de porte y maneras distinguidas: "...vive esclava de la moda, consagrando lo mejor de su existencia al culto de la elegancia... y qué noches de triunfo las suyas al presentarse en su palco de la ópera, vestida de lila, con un traje de Redfern"⁹; "...es mujer de seducción y encanto, muy agraciada...

⁸ Carta de Vicuña Mackenna a doña Victoria Subercaseaux. Citada por Eugenio Orrego Vicuña, *Iconografía de Vicuña Mackenna*, Universidad de Chile, Santiago, 1939, Tomo II.

⁹ Luis Orrego Luco, *Casa Grande*. Empresa Editora Zig-Zag, Santiago (1968, 4ª edición).

Bastante fina para percibir belleza y no lo bastante honda para vivirla ni crearla, representa la vida en actitud de consumada actriz... mariposea encantada en frivolidades mundanas, derramándose afuera, luciendo su gracia y su elegancia para recoger nuevos admiradores y engalanarse con los trofeos de sus victorias..."¹⁰.

Podrían citarse hasta la saciedad textos como los anteriores. Baste subrayar que la literatura de la época destaca como virtudes de la mujer de buen tono todo aquello que le da la apariencia de gran dama. Omítense, en general, adjetivos que trasciendan las exterioridades del lujo y la afectación mundana. Ignóranse igualmente otras dimensiones de la personalidad de la mujer, no pudiendo el lector cerciorarse acerca de sus posibles virtudes domésticas, intelectuales o morales. Las preocupaciones de una gran dama giran en torno a "...rumores, escándalos, noticias de sensación y de bulto, comadrerías, enredos, chismes, encargos a Europa, dineros de fulano, trajes de mengano en la última comida, enredos de zutano con la de más allá"¹¹. La misma tónica impera en lo que se pinta como su quehacer habitual. Figura en todas las fiestas, está permanentemente invitada o recibe en su propia casa; organiza *kermesses* de beneficio, asiste al teatro, a las carreras dominicales del Club Hípico, al balneario de moda. Su educación es ya más esmerada y muestra gran apertura hacia las novedades de Europa. Pero si sabe idiomas, si toca algún instrumento musical, si lee a Bordeaux, si es capaz de reconocer una tela de Fragonard... es principalmente porque todo eso es signo de buen tono. Su cultura es, sobre todo, otra pauta dentro de las muchas del consumo conspicuo.

Ahora bien, ¿cuál es la relación de los esposos en el contexto del Gran Mundo? Para responder, es crucial recordar el papel que juega el dinero en este nuevo ámbito de lo aristocrático.

Como ya se vio, el dinero es consustancial al buen tono. Más aún, el verdadero *leit motiv* de la actividad mundana no es otro que exhibir cuánto dinero se tiene. La riqueza abona ahora el sentimiento de superioridad y es en el tamaño de la bolsa donde fíncase la nueva identidad aristocrática. El derroche, el fasto, las mil fantasías de la moda, no son más que signos de lo único que vale realmente: el dinero. He aquí lo que venera el rito mundano. He aquí el protagonista del Gran Mundo. Y sucede que la mujer, dadas las condiciones sociales de la época, está absolutamente al margen de la pose-

¹⁰ Iris (Inés Echeverría Bello), *Cuando mi tierra fue moza*. Editorial Nascimento, Santiago, 1943, Tomo I.

¹¹ Luis Orrego Luco, *Casa Grande*, *op. cit.*

sión directa y personal de la riqueza. No tiene posibilidad alguna de lograr fortuna por sí misma. Incluso como heredera de sus padres está obligada legalmente a traspasar a su marido la tenencia y administración de sus bienes. De suerte que la mujer depende totalmente de los recursos económicos del marido. Esta situación no tiene nada de original, sólo que el dinero significa ahora mucho más que la mera subsistencia: es el fundamento mismo de la identidad aristocrática. Así, que la mujer dependa económicamente del marido significa que también depende de él para su propia realización aristocrática. Ser una gran dama no obedece a una disposición de espíritu ni al despliegue de ciertos atributos internos; tampoco es cuestión de fe ni de apego a ciertas tradiciones; no se trata de una condición adscrita ni corresponde al prestigio acrisolado por generaciones de antepasados. Ser una gran dama es sobre todo cubrirse de las apariencias que permite el dinero: trajes, coches, palco, joyas... He aquí la nueva esencia de lo aristocrático, al extremo que de una mujer de mundo puede decirse que en ella es oro todo lo que reluce. Y para ello la mujer depende por entero de los millones del marido.

Prueba de lo anterior es la imagen de buen partido, de marido ideal, que maneja la mujer de buen tono. Ella resúmenes en una sola frase: que sea un hombre adinerado. "Doña Magdalena quiere para su hija Elisa marido con fortuna; no quiere que Elisa repita su propia experiencia: el orgullo dolido por el desprecio de quienes fueran sus amigas y se le alejaron al quedar pobre. No quiere para Elisa la situación de inferioridad social que significa la falta de fortuna"¹².

Que el dinero se constituya en fuente de lo aristocrático trae una serie de consecuencias para la relación de los esposos. Si pudiera decirse así, el hombre hace la experiencia de construir con sus propias manos la imagen de aristócrata de su mujer. Es con el dinero del marido que la mujer se encumbra a las cimas del buen tono. Lo aristocrático es como un vestido, regalo del hombre y confeccionado a la hechura de los bolsillos del marido. De suerte que la mujer es una especie de estrella sin luz propia y que brilla por simple reflejo del oro del marido. Así, un personaje literario evoca la figura aristocrática de su amada con los términos siguientes: "...en mi sueño de porvenir, colocaba siempre a la misma Julia elegante y refinada sin entrar en averiguaciones sobre cómo habría de darle encajes, coches, batista y demás lujos, sin los cuales en mi imaginación no la concebía, porque ya no sería Julia"¹³. Queda en claro entonces que, por una parte, la identidad aristocrática de la mujer percíbese exclu-

¹²Luis Orrego Luco, *En familia, op. cit.*

¹³Luis Orrego Luco, *Un idilio nuevo.*

sivamente en las exterioridades del buen tono y, por otra, es el hombre quien dispone de los medios para investir a la mujer de la calidad de aristócrata. No es de extrañar, pues, que el hombre tienda a ver a la mujer de mundo como algo que le pertenece y que la relación entre los cónyuges se tiña con este sentimiento de propiedad. Más aún, el hombre adinerado pasa a ver en su mujer un signo más de su propia opulencia. Cubierta de joyas, siempre a la moda, la mujer es una manifestación más de la opulencia del marido.

Esta suerte de cosificación de la mujer a los ojos del hombre se ve agravada por el énfasis puesto en la vida mundana. El ajeteo mundano deja poco tiempo para que los esposos anuden lazos de mayor confianza e intimidad. La vida doméstica ha perdido su valoración de antaño. Hombres y mujeres participan de la vorágine del Gran Mundo, circulan al influjo de tener que exhibirse y aparecer en permanente diversión. Todo transcurre como en una representación en la cual lo sustantivo de sus participantes se ve aplastado por el peso de las formas impuestas por la moda. Quedan, pues, ocultas las expresiones más íntimas y personales.

Cabe finalmente destacar lo siguiente: el retrato literario de la mujer de mundo presenta, en general, a una mujer desgraciada. Luego de mariposear por bailes y salones y gozar de su éxito social, la heroína termina sintiendo una profunda soledad y un vacío afectivo. La convención la ha distanciado de sus hijos, su fe religiosa es algo que tiene más de repetición mecánica que de sentimiento vivo, su marido se le aparece como un desconocido que, sin embargo, la tiraniza. Lo único que siente suyo es su belleza y ésta se marchita... ¡Duro despertar! Y la heroína contempla el vacío de su vida sin encontrar una salida. Tal es, en buena parte, el testimonio de la novela de la época.

IV

Hasta aquí se ha esbozado la imagen de la mujer aristocrática en sus dos vertientes: la tradición patriarcal y el buen tono. ¿Trátase de un pasado ya remoto? No se sabe. En todo caso, lo aristocrático ha cedido su terreno a lo que hoy se llama éxito. ¿Y qué será el éxito de una mujer y de un hombre? ¿Apuntará a una cierta estatura moral o manifestará más bien ciertos logros económicos? Valga la expresión, ¿guardará cierta similitud con la dignidad patriarcal o tendrá más parecido con el buen tono?